

PROPOSITOS.

1.º Si el enemigo de la salud lo pone todo en movimiento durante estos últimos días del carnaval, para seducir á las almas por la reunion de los placeres y de las diversiones que el espíritu del mundo ha instituido; tampoco ha dejado el Espíritu Santo de sugerir industrias espirituales para santificar las almas por medio de las prácticas de piedad que la Iglesia ha autorizado. Pocos pueblos hay en el día en donde no se halle establecida la indulgencia de Cuarenta horas; pocos donde no haya ejercicios de devocion, que son como otras tantas contrabaterías contra los esfuerzos del demonio, y muy capaces de hacer inútiles todos sus perniciosos artificios. Imponeos una ley de frecuentar en estos tres últimos días todos estos ejercicios de piedad. No os dejéis arrastrar por el mal ejemplo, y aun cuando todo el mundo corriese en tropas á las reuniones de placer, al baile, á los espectáculos, imitad al santo Tobías, el cual, aunque estaba en un país extranjero, mientras que todos sus compatriotas iban á adorar el becerro de oro, él solo se separaba de la compañía de todos los otros, é iba á Jerusalem al templo del Señor, en donde adoraba al Dios de Israel. Seguid generosamente este ejemplo. Dejad que vayan á los espectáculos aquellos á quienes el espíritu del mundo ha seducido; por lo que hace á vosotros, pasad estos tres días en todos los ejercicios de piedad; visitad los pobres en los hospitales, y sobre todo asistid cada uno de estos días á la oracion de Cuarenta horas.

2.º Las gentes del mundo, que están animadas de su espíritu, pervierten á todos los que pueden para

tener mas compañeros en sus desórdenes, y engrosar el número de los que se pierden; por vuestra parte tened todavía mas zelo por la gloria de Dios, que el que los mundanos tienen por el servicio del señor á quien sirven. Ganad todos cuantos pudiéreis para el Señor, empenándolos con piadosa industria á emplear este tiempo precioso en santos ejercicios. No dejéis de confesar y comulgar por lo menos uno de estos tres días. Asistid con frecuencia á los sermones, á la bendicion del Santísimo Sacramento, y á todos los ejercicios piadosos. Quanto mayor es el número de los que se pierden, mas liberal es Dios con sus siervos fieles. No temais que padezcan vuestros negocios temporales, ejercitándoos con fervor en los deberes de cristiano. ¡Ah! no se teme que padezcan cuando se trata de divertirse y de perderse.

MIERCOLES DE CENIZA.

Empezamos hoy, hermanos míos, dice san Bernardo, el santo tiempo de Cuaresma, este tiempo de combates y de victorias para el cristiano, por medio de las armas del ayuno y de la penitencia. ¡Con qué ánimo, con qué confianza, con qué fervor debemos comenzar esta carrera! pero ¡con qué religion y con qué exactitud debemos observar este ayuno los viernes! Es esta una ley, dice san Bernardo, comun á todos los fieles. ¡Habiendo Jesucristo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, se atrevería un cristiano á dispensarse del ayuno de Cuaresma? San Agustin dice que el ayuno de cuarenta días, estable-

cido en la Iglesia, está autorizado por el antiguo y por el nuevo Testamento: por el antiguo, puesto que Moisés y Elías han ayunado un número igual de días seguidos; por el nuevo, puesto que el Evangelio nos hace ver que Jesucristo ha ayunado otro tanto tiempo; por donde vemos la conformidad del Evangelio con la ley figurada por Moisés, y con los profetas representados por Elías. Sin duda por esto, añade este santo doctor, apareció Jesucristo entre Moisés y Elías en su transfiguración, para significar mas auténticamente lo que el Apóstol dice del Salvador, que la ley y los profetas dan testimonio de él.

Puede decirse con verdad que el ayuno de Cuaresma es tan antiguo como el Evangelio, puesto que el Hijo de Dios no comenzó á predicar su Evangelio sino despues de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches; pero aunque pueda decirse que fué esta la primera institucion de la Cuaresma, puesto que san Jerónimo dice que Jesucristo santificó entonces el ayuno de los cristianos, no se puede decir que el ejemplo de Jesucristo haya sido desde entonces una ley inviolable, á la cual hayan estado sujetos todos sus discípulos. Aun por la misma respuesta que el Salvador dió á los fariseos, parece que no habia querido obligar á sus discípulos á que ayunasen, hasta despues que estuviesen privados de la presencia del Esposo celestial: dia vendrá, dice, en que les será quitado el Esposo, y entonces ayunarán. En efecto, apenas el Salvador habia subido al cielo, cuando los ayunos fueron muy frecuentes entre los apóstoles y entre los primeros fieles. Así es que, aunque el ayuno sea de precepto divino, el establecimiento de la Cuaresma, esto es, la forma del ayuno, ó la manera

de ayunar un número de días reglado antes de Pascua, es de institucion apostólica. El Salvador, dice san Jerónimo, santificó por su ayuno de cuarenta días el ayuno solemne de los cristianos, y su ejemplo fué la primera institucion de la Cuaresma; pero no hizo entonces un precepto expreso: probablemente desde su resurreccion hasta su ascension fué cuando, enseñando á sus apóstoles acerca del modo con que debian formar su Iglesia, y las observancias religiosas que queria que se estableciesen en ella, les indicó el tiempo y la forma del ayuno de Cuaresma. El ejemplo del Salvador del mundo fijó el número de días, y el tiempo inmediatamente anterior á la Pascua les pareció el mas propio para que sirviese de preparacion á esta gran fiesta. En efecto, dice san Agustin, no podria elegirse en todo el año un tiempo mas conveniente para el ayuno de Cuaresma que el que termina en la Pasion de Jesucristo; y este es puntualmente el que el Espíritu Santo ha fijado en la Iglesia.

Como las seis semanas de Cuaresma no comprenden mas que treinta y seis días de ayuno, la Iglesia siempre conducida por el Espíritu Santo ha anadido á ellas los cuatro días precedentes, y ha fijado el principio de esta santa cuarentena al miércoles de Ceniza. Es bien sabido que se llama así este primer día del ayuno de Cuaresma, á causa de la santa ceremonia de poner la ceniza sobre la cabeza de los fieles que en él se acostumbra. No solo en la nueva ley, sino tambien en el antiguo Testamento, han sido las cenizas el símbolo de la penitencia, y la señal sensible del dolor y de la afliccion. Queriendo Thamar dar á conocer su pesar y su dolor, puso ceniza sobre su

cabeza (1). Yo me acuso á mí mismo, dice Job hablando con el Señor, y hago penitencia en el polvo y en la ceniza (2). Asustados los israelitas al acercarse Holofernes, y queriendo los sacerdotes apaciguar la cólera de Dios, le ofrecen sacrificios con la cabeza cubierta de ceniza (3). Mardoqueo, consternado con la nueva de la desgracia que amenazaba á toda su nación, se reviste de un saco y se cubre la cabeza con ceniza (4). Todo el pueblo hizo lo mismo en las provincias. Los ancianos de la ciudad de Sion, dice Jeremías en sus Lamentaciones, han cubierto su cabeza con ceniza en espíritu de penitencia (5). Daniel juntó al ayuno y á la oración la ceniza, para apaciguar al Señor irritado contra su pueblo (6). Deseando el rey de Ninive apaciguar al Señor, descendió de su trono, se cubrió con un saco, y se sentó sobre la ceniza (7). Los Macabeos acompañaron su ayuno solemne con la ceremonia de la ceniza que pusieron sobre la cabeza (8).

No se ha usado menos en la nueva ley que en la antigua la ceremonia de la ceniza. Reprendiendo Jesucristo á los de Corozain y de Bethsaida su endurecimiento y su indocilidad, dice que si los milagros que se han hecho entre ellos se hubiesen hecho en Tiro y en Sidon, habria ya mucho tiempo que hubieran hecho penitencia en el saco y en la ceniza (9). Ninguna cosa fué mas comun entre los penitentes desde los primeros dias de la Iglesia. Los padres y los concilios antiguos han añadido siempre la ceniza á la penitencia. Optato reprendia á los donatistas el haber

(1) I. Reg. 13. — (2) Job. 42. — (3) Judith. 14. — (4) Esth. 4. —
 (5) Jerem. 2. — (6) Dan. 9. — (7) Job. 3. — (8) Machab. 3. —
 (9) Matth. 11.

puesto en penitencia á las vírgenes consagradas á Dios, poniéndoles ceniza sobre la cabeza. San Ambrosio dice que la ceniza debe distinguir al penitente (1). Y san Isidoro, arzobispo de Sevilla, dice que los que entran en penitencia ponen ceniza sobre su cabeza, en reconocimiento de que á consecuencia del pecado no son mas que polvo y ceniza; y que con justicia ha pronunciado Dios contra ellos la sentencia de muerte.

Reginon ha tomado de los antiguos concilios el modo con que se ponía la ceniza á los grandes pecadores, y la ceremonia del dia de Ceniza. Todos los penitentes, dice, se presentaban á la puerta de la iglesia cubiertos con un saco, los piés desnudos, y con todas las señales de un corazón contrito y humillado. El obispo ó el penitenciario les imponía una penitencia proporcionada á sus pecados. Despues, habiendo recitado los salmos penitenciales, se les imponían las manos, se les rociaba con agua bendita, y se cubría su cabeza con ceniza. Esta era la ceremonia del dia de Ceniza, ó de los primeros dias de los ayunos de Cuaresma, para los pecadores públicos, cuyos enormes pecados habian hecho mucho ruido y causado escándalo. Pero como todos los hombres son pecadores, dice san Agustin, todos deben ser penitentes; esto es lo que movió á los fieles, hasta á los mas inocentes, á dar en este dia una señal pública de penitencia recibiendo la ceniza sobre su cabeza. Ninguno de los fieles se exceptuó; los príncipes como sus vasallos, los sacerdotes, y aun los obispos, dieron al público desde los primeros tiempos este ejemplo tan edificante de penitencia. Y lo que habia sido en el

(1) Lib. 1, ad Virg. laps. 8.

principio peculiar solo de los penitentes públicos, se hizo por fin comun á todos los hijos de la Iglesia, por la persuasion en que todos deben estar, conforme á la palabra de Jesucristo, que no hay nadie, por inocente que se crea, que no tenga necesidad de hacer penitencia. Los mismos papas se someten como los demás á esta ceremonia humillante de la religion; toda la distincion respetuosa que se hace al vicario de Jesucristo, consiste en no decir nada al imponerle la ceniza.

Acuérdate hombre que eres polvo, y que te convertirás en polvo. Estas son las memorables palabras que Dios dijo al primer hombre en el momento de su desobediencia, y las mismas dirige la Iglesia en particular á cada uno de nosotros, por boca de sus ministros, en la ceremonia de este día. Palabras de maldicion en el sentido que Dios las pronunció, dice el mas célebre de los oradores cristianos; pero palabras de gracia y de salud, en el fin que se propone la Iglesia cuando nos las dice. Palabras terribles y fulminantes para el hombre pecador, porque significan el decreto irrevocable de su condenacion á muerte; pero palabras dulces y consoladoras para el pecador penitente, dice san Crisóstomo, porque le enseñan el camino de su conversion por la penitencia. Tomad en la mano un puñado de ceniza, dijo Dios á Moisés y á Aaron, y derramadla sobre el pueblo (1). Esta ceniza así derramada, dice la Escritura, fué como la materia con que Dios formó los azotes que afligieron á todo el Egipto, y causaron en él una desolacion tan general. El efecto de la ceremonia de este dia tiene un efecto muy diferente en el cristianismo; porque los sacer-

(1) Exod. 9.

dotes de la ley nueva no derraman hoy la ceniza sobre nuestras cabezas, sino para apaciguar la cólera del Señor por este acto de humillacion, para atraernos las gracias y los favores de Dios, para hacernos acreedores de su bondad, y para excitar en nuestros corazones los sentimientos de una verdadera penitencia; y en este espíritu y con esta disposicion se deba practicar en este dia la ceremonia de la ceniza. Esta se hace de la leña de los ramos benditos en el año precedente, y llevados en la procesion el domingo de Ramos. Tambien se bendice esta ceniza por el sacerdote antes de ponerla sobre la cabeza de los fieles, y basta hacerse cargo de las oraciones de que la Iglesia se sirve en esta bendicion, para comprender con qué espíritu de religion se debe participar de esta saludable ceremonia.

Comienza el sacerdote la bendicion de las cenizas por el versículo del Salmo 68: Oid, Señor, mis ruegos, ya que tanto os complaceis en hacer bien; seguid los movimientos de vuestra infinita misericordia, y poned en mí vuestros ojos. Dios omnipotente y eterno, continúa el sacerdote, sed propicio á los que os ruegan con confianza, y perdonad á los pecadores penitentes. Dignaos enviar vuestro santo ángel del cielo, que bendiga y santifique estas cenizas, para que sean un remedio saludable á todos aquellos que con un corazon contrito y humillado invocan vuestro santo nombre, confiesan públicamente que son pecadores, y penetrados de un vivo dolor de haberos ofendido, se postran hoy delante de vos, implorando vuestra infinita misericordia. Dignaos, Dios de bondad, dejaros inclinar por este acto de religion; y haced, por la invocacion de vuestro santo nombre,

que todos los que recibieren estas cenizas sobre su cabeza, además del perdón de sus pecados, reciban también la salud del cuerpo y del alma. Por nuestro Señor Jesucristo.

O Dios, que no queréis la muerte, sino la conversión de los pecadores, apiadaos de la fragilidad humana, continúa el sacerdote, y dignaos por vuestra misericordia bendecir vos mismo estas cenizas, que queremos poner sobre nuestra cabeza, en señal de la humildad cristiana de que hacemos profesión, y para obtener por este acto de penitencia el perdón que esperamos, á fin de que, cuando por él reconocemos que no somos mas que polvo, y que en castigo de nuestra prevaricación nos convertiremos en polvo, obtengamos de vuestra misericordia el perdón de todos nuestros pecados, y la recompensa que habeis prometido á los que hacen una verdadera penitencia. Por Jesucristo nuestro Señor. Así sea.

O Dios, que os dejais rendir por la humillación, y ganar por una satisfacción sincera, prosigue, dignaos escuchar nuestros ruegos y nuestros votos, y mientras que la cabeza de vuestros siervos está cubierta con la ceniza, derramad vuestra gracia en sus corazones, á fin de que los lleneis del espíritu de compunción, les concedais el efecto de su justa petición, y que ya no pierdan las gracias que les hubiéreis concedido. Os lo suplicamos por Jesucristo nuestro Señor.

Dios omnipotente y eterno, que os habeis dignado perdonar á los Ninivitas, cubiertos de ceniza, y revestidos con un saco en señal de su penitencia, concedednos, por vuestra misericordia, la gracia de que, imitándoles hoy en las señales de nuestra penitencia,

obtengamos como ellos el perdón de nuestros pecados. Por nuestro Señor, etc. La Iglesia termina esta bendición de la ceniza, exhortando á todos los fieles de una manera patética, y en el sentido del profeta Joel, á que se haga útil y eficaz la ceremonia de la ceniza. No nos reformemos solo en lo exterior, por la modestia de los vestidos, en la ceniza y en el cilicio: ayunemos, y acompañemos nuestros ayunos con lágrimas de contrición, que debemos derramar delante del Señor; porque nuestro Dios está lleno de bondad y de misericordia, y siempre pronto á perdonarnos nuestros pecados: corrijamos las faltas que hemos cometido ó por flaqueza, ó por ignorancia, ó por malicia; y no difiramos el hacerlo, no sea que, sorprendidos por la muerte, no tengamos tiempo para convertirnos.

La epístola de la misa de este día está tomada del profeta Joel en el capítulo segundo. Nada podia convenir mejor al espíritu y á la celebridad de este día. Los azotes con que Dios castigaba los pecados de su pueblo le ofrecen una buena ocasión al Profeta, para estimularle á que procure apaciguar la cólera de Dios por medio del ayuno y de la penitencia, prediciéndole que el Señor, movido por la humillación, por la maceración del cuerpo y la oración, derramará sus bendiciones sobre los corazones contritos y humillados, y colmará de bienes las almas verdaderamente penitentes. El estilo de este profeta es pomposo, magnífico, vehemente, expresivo, figurado, y al mismo tiempo vivo, interesante y patético. La alegoría de las langostas, comparadas á un ejército, está perfectamente bien sostenida. Sus pinturas son vivas. Pinta las cosas de modo que parece que se ven. Romped

vuestros corazones y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios, porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y todavía mas misericordioso que nosotros perversos. Era entonces una costumbre muy ordinaria el desgarrar los vestidos en el luto y en el trasporte del dolor. Innumerables son los ejemplos que presenta la Escritura. Pero Dios no se contenta con estas señales equívocas de conversión, de dolor y de arrepentimiento; quiere una conversión sincera, un dolor interior, un corazón contrito y despedazado de dolor; quiere la conversión del corazón, la reforma de las costumbres; pide frutos dignos de penitencia. ¿Quién sabe si se aplacará con nuestras lágrimas, y se ablandará viéndonos humillados? El Profeta designa á la vez tres disposiciones con que debemos hacer la penitencia: la confianza en la bondad de Dios, la contrición de nuestros pecados, y la desconfianza de nuestros propios méritos. Se anunciaban las fiestas y las reuniones á son de trompeta, segun está ordenado en el décimo capítulo de los Números; y el Profeta exhorta á los jefes de la nación á que reúnan el pueblo, y en esta reunión general ordenen un ayuno solemne, y estimulen á todos, y en particular á los ministros del Señor, á apaciguar la cólera de Dios con sus lágrimas y su penitencia. Derramen lágrimas, dice, los sacerdotes, postrados entre el vestibulo y el altar, y exclamen: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no permitais que vuestra heredad caiga en el oprobio, y que sea dominada por las naciones. Sufriréis que los extranjeros digan de nosotros, ¿dónde está su Dios? En el estado en que entonces se hallaba el país, nada hubiera sido mas fácil á los enemigos de

los judíos, que el apoderarse de ellos. El pueblo consternado, abatido por el espanto, debilitado por una hambre horrible, apenas estaba en estado de resistir á un ejército de Asirios ó de Caldeos. El Profeta exhorta, pues, á los ministros del Señor, á que le pidan que no permita que su pueblo caiga bajo de la dominación de los extranjeros, y que las naciones infieles no tengan que acusar al Dios de Israel, ó de flaqueza, ó de dureza, por haber así abandonado á su pueblo á la merced de sus enemigos. No bien el Profeta ha exhortado á todos sus hermanos á la penitencia, cuando les predice que el Señor se dejará ablandar de sus clamores. El Señor se ha conmovido, dice, á vista de sus lágrimas, y les ha perdonado; y á este perdón ha seguido todo género de prosperidades, y de una bendición abundante. Tanta verdad es que la penitencia desarma á Dios, por mas irritado que esté, y trae la prosperidad y la calma.

El evangelio de la misa de este dia está tomado del sexto capítulo del evangelio segun san Mateo, en donde Jesucristo nos enseña la pureza de intención que debe haber en el ayuno. Acababa el Salvador de enseñar á sus apóstoles cómo debían orar, prescribiéndoles el modelo de la oración mas excelente; y cómo debían perdonar las injurias, reservándose á sí mismo el ser el modelo mas perfecto de una caridad tan relevante. Despues de haberles dado los preceptos sobre la oración, y sobre el perdón de las injurias, les da tambien sobre el ayuno que debe acompañar y sostener la oración. ¿Quereis saber, les dice, cuáles ayunos son santos y agradables á Dios? Son aquellos que se practican en secreto. No extrañeis que yo os prohíba el imitar á los hipócritas que ayunan, haciendo

ostentacion de su austeridad; su virtud no está en el corazon sino en el rostro, y por una cara penitente, por un aire triste y austero, por ayunos largos y rigurosos, tratan de adquirir reputacion de gentes mortificadas, y con estas exterioridades afectadas é hipócritas embaucar á los hombres. Tened por cierto lo que os he dicho ya, y os digo ahora, que la recompensa de tales sugetos está reducida al honor vano con que se apacientan. Yo espero de vosotros un porte muy diferente; porque lo que yo quiero es que en los dias de ayuno os perfuméis la cabeza, y os laveis el rostro, como acostumbrais hacerlo en los dias solemnes y de regocijo, á fin de que á la sombra de un rostro festivo ocultéis la austeridad de vuestro ayuno: de modo que, si puede ser, solo Dios sepa que ayunais, y si es necesario, aquellos á quienes debéis dar buen ejemplo. Esto es lo que Dios quiere, esto lo que aprecia; cuanto mas ocultáreis á los hombres vuestras penitencias, tanto mas pública y gloriosa será algun dia vuestra recompensa. Un cristiano verdaderamente penitente, oculta con cuidado á los ojos de los hombres los rigores á que se condena; como no ha ofendido mas que á su Dios, á él solo es al que quiere agradar; le parecen muy pequeñas las penas con que se aflige, para no temer el que se disminuya su mérito, exponiéndolas á la vista de los hombres: por tanto, solo debemos hacer á los hombres testigos de nuestra penitencia, si les hemos hecho testigos de nuestros desórdenes: el escándalo solo se repara por la conversion y la reforma de las costumbres.

En el luto y en el ayuno no se usaba de baño ni de perfumes. Cuando Jesucristo manda que se sirvan de ellos en el ejercicio de la penitencia, no se ha de

estar al sentido material de las palabras: quiere solamente que estemos tan lejos de la afectacion de parecer ayunadores, que antes bien parezcamos todo lo contrario, y que, en vez del aire triste y austero de los fariseos, usemos de maneras francas, abiertas, de un aire festivo y contento; quiere que obremos sin afectacion, sin vanidad, sin máscara, sin hipocresía: á fin de que, dice san Ambrosio, no parezca, por decirlo así, que vendemos á los hombres nuestro ayuno, y que trabajamos en nuestra salud con tristeza y con pesar, tomando un aspecto sombrío y lloroso, que vaya diciendo á todos que ayunamos.

Tambien, prosigue el Salvador, hay en el mundo otra flaqueza muy comun, que es la gran pasion de adquirir bienes. El Salvador añade el desprendimiento de los bienes terrenos al precepto del ayuno, para prevenir al indecente motivo de aquellos que, llevados de una avaricia sórdida, solo ayunan para ahorrar. Ayunemos de tal modo, dice san Agustin, que el ahorro de nuestros ayunos entre en el tesoro de Jesucristo por las manos de los pobres, y no venga á ser el alimento de nuestra avaricia. Yo no os impido, dice el Salvador á sus discipulos, el que junteis grandes tesoros, con tal que no sean de la naturaleza de los que se juntan en la tierra, que los consumen el orin y los gusanos, y que pueden robaros los ladrones. No os afaneis por juntar otros tesoros que los del cielo, donde no hay orin ni gusanos que los consuman, ni ladrones que excaven ni que roben: en el cielo donde los tesoros que juntáreis son inalterables, inamisibles y eternos. Por otra parte, si, segun el antiguo proverbio, donde está el tesoro allí está el corazon, ¿no es mas justo y mas útil levantar sin cesar vuestro

corazon al cielo, querida patria vuestra, que apegarle á la tierra, triste lugar de vuestro destierro?

San Hilario explicando estas palabras de Jesucristo: no hagais, dice, vuestro tesoro de la opinion y de las alabanzas de los hombres; no espereis de ellos vuestra recompensa; esperadla únicamente de Dios. ¡Ah! ¡qué poco racionales son los hombres! ¡qué poco conocen sus verdaderos intereses! no nos afanamos, no trabajamos con actividad mas que por los bienes de la tierra; bienes falsos, frívolos, vacíos, bienes aparentes que nada tienen de durable, y que se nos deben quitar necesariamente tarde ó temprano. ¡Cuán ciegos somos! ¿porqué no dirigimos todas nuestras miras y nuestras solicitudes hácia el cielo, hácia las verdaderas riquezas, cuya posesion debe ser eterna, y que son las únicas que pueden para siempre llenar nuestros deseos? El justo no tiene afición á la vida, porque cuenta como nada los bienes de que goza en ella. No ha trabajado, ni trabaja mas que para el cielo; allí está su tesoro, y por consiguiente su corazon. ¡Qué sabio, qué dichoso es este justo, en no apegarse aquí abajo, donde es extranjero, y en hacer pasar todo el fruto de su trabajo al cielo, su verdadera, su eterna patria! ¡Qué diferencia en la muerte entre el pecador y el justo! el corazon del pecador está todo en la tierra, y le es preciso dejarla; el corazon del justo está en el cielo, y la muerte le abre la entrada en él. La palabra tesoro, dicen los intérpretes, significa no solo el dinero, sino tambien los muebles, los vestidos preciosos, los repuestos de grano y de provisiones para la vida; el orin no gasta mas que el metal, los gusanos roen los muebles, los vestidos y el grano.

La oracion de la misa de este dia es como sigue.

Señor, conceded á vuestros fieles la gracia de que entren en la solemnidad sagrada del santo ayuno con la piedad que deben llevar á ella, y que se sostenga en toda la carrera con una devocion imperturbable. Por nuestro Señor, etc.

La epistola es tomada de la profecia de Joel, cap. 2.

Hé aquí lo que dice el Señor: Convertíos á mí de todo vuestro corazon, en el ayuno, en las lágrimas y en los gemidos. Despedazad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor vuestro Dios; porque es bueno y compasivo, paciente y rico en misericordia, y no se deja vencer por nuestra malicia. ¿Quién sabe si se volverá á nosotros, si nos perdonará, si dejará despues de sí la bendicion, á fin de que presentemos al Señor nuestros sacrificios y nuestras ofrendas? Haced resonar la trompeta en Sion, ordenad un ayuno santo, publicad una reunion solemne, haced venir á todo el pueblo, advertidle que se purifique, juntad los ancianos, traed tambien los niños, y los que todavía están al pecho; salga el esposo de su aposento, y la esposa del lecho nupcial. Llorarán los sacerdotes y los ministros del Señor entre el vestíbulo y el altar, y exclamarán: Perdonad, Señor, perdonad á vuestro pueblo, y no dejéis que vuestra heredad sea entregada al oprobio, de modo que caiga bajo la dominacion de las naciones. ¿Sufriréis que las naciones digan de nosotros: dónde está su Dios? El Señor tiene un amor ardiente por este país que mira como suyo, y él ha perdonado á su pueblo. El Señor ha hablado á su pueblo y le ha dicho: Yo os enviaré trigo, vino y aceite, y quedaréis satisfechos, y no os abandonaré ya á los insultos de las naciones, dice el Señor omnipotente.

Joel, hijo de Phatuel, era de la tribu de Ruben: es el segundo de los doce profetas menores. Profetizó hácia el año 789 antes de Jesucristo. Su profecia contiene tres capitulos. Habla de los azotes con que Dios castigó á su pueblo, y de la penitencia que este pueblo